

Pedro Garcia

Año V

VILLENA (Alicante) 1.º Octubre 1911

Núm. 115

LA LUZ DEL PORVENIR

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA
ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
LA CARIDAD

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Villena, un trimestre 0'30 peseta

Fuera 0'45 »

Número suelto 0'05 »

PAGO ADELANTADO

ADMINISTRACIÓN

Calle de San Cristóbal, número 12

Á NUESTROS LECTORES

CON el fin de asegurar la marcha normal y la vida de nuestra «Revistilla» de este periodiquito que Amalia calificó de Gusanillo de Luz, hemos acordado trasladar el domicilio del mismo, es decir de la LUZ del PORVENIR á Jijona, confiando su dirección á nuestra queridísima hermana en creencias Maria Dolores Miquel.

Nuestros suscriptores, ya han leído algunos trabajos de Maria Dolores Miquel en nuestras columnas y saben como piensa esa joven, fuerte por su edad y sus condiciones morales para llevar adelante la misión de mantener en vida á nuestra querida Revista y de vigorizar siempre su marcha progresiva.

Mil motivos plausibles nos obligan á tomar esta determinación, motivos reconocidos así por los guias del centro; así es que al despedirnos de nuestros suscriptores, al dar un millon de gracias á las mujeres y á los hombres generosos que nos han alentado y ayudado con su protección, les rogamos encarecidamente que la continuen á la nueva Directora y que le sigan prestando el aliento y la fuerza que necesitara para vencer.

CON QUE CONDICIÓN PUEDE RESPETARSE EL PASADO

EL monaquismo, tal como existía y existe en España y en el Tiber, es para la civilización una especie de tisis. Detiene la vida. Despuebla simplemente. Claustración, es como castración.

Ha sido azote de Europa. Agréguese á ello la violencia fre-

cuentemente hecha á la conciencia, las vocaciones forzadas, la feudalidad apoyándose en el claustro, la primogenitura vertiendo en el monaquismo el exceso de los nacidos en la familia, las atrocidades de que hemos hablado, los *inpace*, las bocas cerradas, los cerebros tapiados, tantas inteligencias infortunadas encerradas en el calabozo de los votos eternos, la toma de hábitos, entierro de almas llenas de vida.

1 Añadid los suplicios individuales á las degradaciones nacionales y quien quiera que seais os estremecereis indudablemente ante la cogulla y el velo, esos dos sudarios de invención humana.

Y todavía, sobre ciertos puntos y ciertos lugares, á despecho de a filosofía y del progreso, el espíritu claustral persiste en pleno siglo XIX y una peregrina recrudescencia ascética, asombra hoy el mundo civilizado.

La terquedad de las instituciones envejecidas, en perpetuarse, se parece á la obstinación del perfume rancio que reclamase el derecho en aromatizar nuestros cabellos, ó á la pretensión del pescado pasado que quisiera ser comido, ó á la persecución del traje del niño que quisiera seguir vistiendo al hombre, ó á la ternura de los cadáveres que volvieran para abrazar á los vivos.

¡Ingratos! dice el vestido. Yo os he guardado del mal tiempo. ¿Por qué me rechazais ahora? Vengo de la pleamar, dice el pescado. Yo he sido rosa, dice el perfume. Yo os amé, dice el cadáver. Yo os civilicé, dice el convento.

A todo esto basta una sola respuesta: Antiguamente.

Pensar en la prolongación indefinida de las cosas muertas y en el gobierno de los hombres por embalsamamiento, restaurar los dogmas deteriorados, dorar de nuevo los tabernáculos, revocar nuevamente los claustros, volver á bendecir los relicarios, rehabilitar las supersticiones, alimentar de nuevo los fanatismos, echar mangos nuevos á los hisopos y á los sables, reconstruir el monaquismo y el militarismo, creer en la salvación de la sociedad por la multiplicación de los parásitos, imponer el pasado al presente, parece, en verdad, cosa extravagante.

Y existen, no obstante, teóricos para semejantes teorías. Los tales teóricos, gente de talento por otra parte, usan un procedimiento muy sencillo; aplican sobre el pasado cierto barniz que llaman orden social, derecho divino, moral, familia, respeto á la ancianidad, autoridad antigua, tradición santa, legitimidad, religión; y van gritando:

—¡Mirad, atended!

Ahí va eso: «gentes honradas». Esta lógica era ya conocida de los antiguos.

Los arúspices la practicaban.

Frotaban con tiza una becerra negra, y exclamaban:

Es blanca, *Bon cretatus*.

Por *nuestra parte*, respetamos eso y lo otro, en todos los terrenos perdonamos lo pasado, con tal que consienta en estar muerto.

Si quiere vivir todavía, le atacamos, procurando matarle.

Supersticiones, hipocresía, mogigaterías, preocupaciones, to las esas larvas, que, como larvas que son, se agarran tenazmente á la vida, tienen dientes y uñas entre sus nebulosidades y es preciso acorralarlas cuerpo á cuerpo y hacerles la guerra, y hacérsela sin tregua; porque es una de las fatalidades de la humanidad la de estar condenada á combatir fantasmas eternamente.

Un convento en Francia, en plena luz del siglo XIX, es un corro de buhos encarándose con el sol. Un claustro, es flagrante delito de ascetismo, en medio de la ciudad de 1789, de 1830, de 1848. Roma floreciendo dentro de París, es un anacronismo.

Quien dice convento dice pantano. Su pudridero es evidente, su estancamiento malsano, su fermentación produce calenturas á los pueblos y los marchita, su multiplicación atrae las plagas de Egipto.

Dios en la Creación

LA vida está universalmente diseminada en la naturaleza. La tierra es demasiado pequeña para contenerla, y como rebosa por doquier, no contenta con poblar los aires y las aguas se acumula sobre si misma, vive multiplicándose y se desarrolla en todo sitio y lugar con potenciabilidad y armonía tal, que pasma, admira y subyuga á todo aquel que busca el principio y causa de cuanto existe; es decir, á Dios. La primera idea que brota del cerebro humano despues de contemplar la magnificencia y la armonía en el detalle y en su conjunto de lo que el hombre puede estudiar y vislumbrar en la tierra, es la existencia del espacio.

Y esta idea relacionada con los mundos que en su seno se agitan, ayudado por el conocimiento de las distancias que de los mismos nos separan y por las investigaciones de las ciencias astronómicas y cálculos geométricos más ó menos exactos, infunde en nosotros otra idea no menos grandiosa, y esa es la de la *extensión*.

Si del estudio é investigación de lo que llamamos *vida, espacio y extensión*, desarrollo y actividad constante en todo cuanto vemos ó vislumbramos allá en las profundidades del más atrevido pensamiento, intentamos esbozar siquiera la idea del poder infinito del Creador, de su absoluta é inimitable perfección y de sus

atributos, la mente más soñadora, el cerebro más equilibrado é investigador, al par que se descubre y postra de hinojos al contemplar tanta maravillosidad, tanto amor y sabiduría en to las las obras que toca, vé y analiza y en las que desde muy lejos observa y estudia con potentes telescopios, no puede menos que exclamar como hizo un día el célebre Flamarión: *¡Oh, Dios Sublime é Incomprensible en tu indescriptible grandeza!! ¿Quién fué el primero que osó pronunciar tu nombre?*

Dios, ser de toda realidad, esencia de toda esencia, ser de todo ser, principio y fin de todas las cosas; quién será asáz atrevido para buscar en Tí la fuente y origen de donde Tú emanas? Jamás, el hombre ser finito comprenderá en toda su inmensa grandeza al ser Infinito que cuanto más se le analiza y estudia, más se engrandece, más esplende y más brilla en su obra.

Si desde estas lucubraciones del espíritu descendemos á investigar el principio de vida del alma humana, de ese fluido ó luz divina que constituye los átomos de vida que en su progreso lento, eterno é infinito pasan de una etapa á otra etapa hasta entrar en las fases del libro albedrio para que en inacables y sucesivas transformaciones que se cuentan por millones de millones de siglos, pueda llegar á ser un día espíritu libre, con su voluntad propia y por consecuencia con su responsabilidad moral; cuanto no tiene el hombre que estudiar profundizar y sondear?

La materia tierra, *aire, agua y gas*, es todo espíritu más ó menos condensado que á través de los siglos en evoluciones sucesivas se convierten en átomos de vida, en almas humanas.

Cada molécula del cuerpo humano se convertirá por sus constantes transformaciones en una personalidad consciente y responsable, más antes, las moléculas purificadas se convertirán á su vez en esencia vital que se extiende por toda la superficie de la tierra y más tarde irán á aumentar la vida de las plantas, convirtiéndose en *sácia, fuerza y vigor*.

Los infusorios, bacterios y microbios viven, se agitan transforman y mueren.

La sangre humana y nuestro cuerpo están llenos de ellos, aunque regidos y guiados por el alma que se los asireña ó rechaza según las necesidades del organismo en que se desenvuelve y lucha en el á su vez, aunque de diferente modo.

En suma; el mineral, el vegetal, la roca y toda materia compacta está compuesta de átomos ó unidades primordiales, enriedas, adormecidas, que en su día despertarán é irán á formar con otros átomos afines, agrupaciones fluidicas que aunque inconscientemente van progresando y haciéndose cada vez más resistentes para las luchas futuras y dolorosas que tendrán que soportar en venideras evoluciones.

¡Humanos! Cuando en vuestros paseos vayais por los campos y

bosques, bien á la orilla del mar que son los sitios donde se expande más el espíritu, se crea mejor y más se eleva hácia su Dios, fijaos en la roca dura, en el informe mineral extraído de las profundidades de la tierra, ó en el coral arrancado del fondo de los mares, en la perla costosa que luce en su cuello una dama y os encantais con los arpegios y trinos que lanza el ruiseñor ó el canario, acordaos que dentro de su estructura, de su composición química ú orgánica, allí se anida el gérmen vivo y consciente de su valor moral con más ó menos fuerza.

Acordaos, que la esbelta palmera del desierto, los gigantescos árboles que en la tierra vemos y en el mar existen, las plantas que deslumbran con sus magníficas flores tachonadas de colores vivísimos y de aromas embriagadoras, las aguilas que se ciernen en las grandes altitudes ó el tímido gusanillo que rastrea por el suelo de vuestros jardines, acordaos, repito, que todos ellos encierran esa *Substancia primera, ese fluido ó luz universal*. Y que en esa Substancia Divina, se agitan y palpitan seres, hermanos vuestros, que en continuadas luchas y progresos, serán un día lo que vosotros sois y lo que vosotros todos fuisteis y pasasteis por esas mismas é inacabables fases.

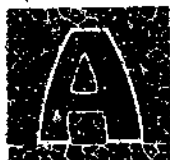
Unos ya conscientes de nuestra eterna evolución y progreso cual todos nosotros, y otros como estos hermanos inferiores citados en continuada ascensión y anhelo de subir y escalar más y más, pues todos tendrán que exclamar unos trás otros primero en la tierra y después cuando libres de los lazos de la materia, se ciernan en la extensión sin medida del firmamento, cuajado de espléndidas y rutilantes estrellas ó unidos:

¡Gloria á Dios eternamente en su Creación infinita y gloria á la que es Causa y Principio de tanta armonía amor y justicia en el Seno de tanta maravillosidad!

Ermitario

Á UN NIÑO

DE VICTOR HUGO



UN cuando sea uno de aquellos que en otro tiempo se inclinaban sobre tu cuna llena de tu joven voz, empieza, niño, á no conocerme. No soy para tí sino un extraño, un ser desconocido, perdido en negras mañanas, un viajero cuya sombra da sobre otros caminos, alguien á quien se vió en otro tiempo, antes de los días fúnebres, cuando se era pequeño, pasar por las tinieblas; no piensas en mí más que en el moscardón que no ha mucho volaba zumbando, que en tu pelota perdida, que en lámpara apagada; no más que en ese perfume de hierba y de aléi, que abril mezcla en la aurora y que sólo dura un instante; me

dejastes alegremente caer de tu espíritu, como cuaderno acabado, lleno de garrapatos. Haces bien.

Tenemos, por desgracia, más memoria los que, viviendo mientras naceis, leemos vuestro porvenir escrito en nuestro pasado; conmuévenos vuestra suerte y con frecuencia permanecemos pensativos, nosotros, grandes niños, ante vosotros, pequeños hombres.

No te extrañe, pues, que desde el fondo de los lúgubres horizontes, venga á tí, joven alma, y te diga:—Hablemos.

Deja por un momento tu pluma y cierra tu gramática; escucha: hete creciendo, con tu madre en pie á tu lado como un guardián celeste. Sola y viuda, entregada al capricho de los vientos, expuesta á los negros soplos que no respetan á nadie, tiende sobre tu frente su ala temblorosa, y vela; la paloma teme por la caña. Porque la suerte amenazadora nos acompaña desde la cuna; séase un joven príncipe, séase un pastorcillo, nadie escapa al destino; su testaruda uña se introduce en nuestros cabellos y, espantados, nos arrastra.

¡Oh, fija tu mirada en sus ojos adorados! Aquí abajo es tu madre y allá arriba es tu ángel. Esa mujer ha pasado por más de una extraña prueba. La sombra de ayer sombrea hoy. Ella acepta, estóica y sencilla, el áspero fastidio, el aislamiento, la afrenta con que un necio nos apedrea, el odio de los malos, esa muela estúpida que en el molino aplasta un diamante lo mismo que un grano de mijo, y todos los dolores, consecuencia del destierro.

¡Oh, el diestro! ¡Es triste, se va, grave y macilento, arrastrando un duelo sin fin en el espacio sin límites, y, en el duro camino que hacia la sombra baja, sin cesar se ve caer gota á gota la sangre de las raíces del corazón que cuelgan desgarradas!

La desgracia es el fuego en las ramas secas. Devora alegremente nuestros días desvanecidos.

Brillaba ella no ha mucho, antes las miradas deslumbradas, semejante al mes de mayo acariciado por el céfiro, brillaba no hace mucho; actualmente llora. Aquel fulgor no duró sino lo que un relámpago dura.

Pero el agosto pensamiento habita en su ojo erguido; pero la desgracia que, aun hiriéndonos, nos venga, puso alas de aguililla en sus espaldas de ángel. Dios, oculto en la noche de aquel ser apenado, brilla y hace resplandecer su ceja transparente, el alabastro deja ver la luz inmortal, reluce su frente.

Tú, su hijo, estremécete ante ella, como el niño Groaco cuando su madre se le acercaba; porque ella es la claridad de tu alba que nace.

¡Qué importa que la multitud lo ignore ó desconozca! Cuando la angustia oprimía su corazón, yo ví cómo luchaba, y para mis adentros decía:—Esta mujer hubiera sido Arquidamia en Esparta ó Cornelia en Roma.

Niño parécetele si quieres ser un hombre; porque ella es valiente; porque su dulce ojo femenino dirige una mirada viril al abismo; porque es un verdadero valor. Nunca, bajo el cielo azul; nunca, ante la tormenta; nunca, retén esto aunque seas pequeño, en un seno más noble, latió un corazón más grande.

Ella es mujer, no obstante, y son innumerables sus desgracias; pero un profundo azul llena su espíritu sombrío. Marcha á través de la vida, áspero bosque, y mira más allá de los ramajes; se diría que en la obscuridad busca la solución de un enigma; luego se inclina, semejante á un mástil que da sombra, y dice á la esperanza: ¡Vete!, al recuerdo: ¡Silencio! y al día que muere: ¡Acaba cuanto antes! Porque, siendo ella una conciencia pura, es un alma triste. Aun cavilando mucho tiempo, persiste su tristeza. La hiel de la injusta duda está en el fondo de su corazón, como en el fondo de un vaso hermoso un licor amargo. Es que ¡gimió ella tanto en esas lúgubres vías por las que Dios con nuestros dolores y las alegrías nuestras, nos empuja! Una lágrima eterna vaga en torno de sus ojos.... ¡Oh! ¡Inclinémonos ante esas frentes misteriosas que, débiles y dobladas, en la sombra en que Dios nos arroja, parecen hechas para llevar el mudo sufrimiento; á las que el destino, verdugo jamás cansado, persigue sin cesar; á las que todos los males de la tierra y todos los duelos cubren con su cilicio, tapan con sus velos, y que esperan de los cielos coronas estrelladas!

¡Ámalal! ¡Dáale tu corazón todas las mañanas! ¡Ríe! ¡Regocija esa alma con tu carcajada infantil! Sé la ola pura que mece y acaricia al cisne. Cuando ella habla, adora; obedece á una señal suya. Sé su consuelo y sé su defensor. Que la mentira vil, engañada en su negrura, venga trayendo la afrenta, te vea y se la lleve. Que se te vea ya valiente ante su puerta. Si la suerte, santa y encantadora ley, hubiérame dado el gran deber de hijo que á tí te confía, ¡oh, cómo hubiera dormido ella bajo mi guardia fiel! y, león para los demás, hubiese sido perro para ella. Sé bueno, sé dulce, sé tierno. Aparta con tu mano, ante sus pies delicados, las piedras del camino.

Oye: aun cuando por ella ¡oh pobre niño! dieras toda tu alma sople á sople y tu sangre gota á gota; aun cuando, arrodillado, besaras los pliegues de su vestido; aun cuando la contemplaras como se contempla un lirio, como se contempla un cielo ó una aurora, juntas las manos y los ojos cubiertos de lágrimas, todo ello aun no sería bastante respeto, bastante amor, para aquel ser de la frente pura á quien debes tus días.

Graba en tu joven espíritu, hijo de una noble mujer, estas palabras, que son como el adiós de un alma; niño, escúchame mientras esté yo aquí. Porque el ojo que brilla se apaga y la boca que habló se cierra; pues vivimos el tiempo necesario para

desaparecer. Y adviértote, niño, que quizá sea yo de aquellos á quienes nunca se volverá á ver; de tal modo están en la obscuridad. Van envueltos en un torbellino de ruido, magullados, heridos, llenos los ojos de serenas claridades. El monstruoso huracán de los furoros y de los odios, soplo que viene de abajo, dobla su frente pensativa. Su alma vuela, pájaro, de arrecife en arrecife. Atraviesan el choque de las fortunas varias, y su mano se agarra al mármol de las tribunas, á las leyes, á la patria, á las columnas del derecho. Cuanto mayor es el peligro, más se acrecienta su deber; de la ola cada vez más negra su fe sale más robusta. Luchan por el bien, por el honor, por lo justo, por lo bello, por lo verdadero, dejando sangrar sus corazones. Se dice: ¿Adonde van? ¿Volverán vencedores? ¿Será más fuerte que todos la adversidad? Y mientras tanto el siniestro viento se los lleva; luego se les pierde de vista; y, al cabo de mucho tiempo, á orillas del mar léese su nombre bajo un ciprés.

Sección Medianímica

Vosotros, los terranos olvidáis el cumplimiento del deber cuando os estorba en vuestras egoistas alegrías y al visitaros la desgracia consuráis el que se os olvide; injusto siempre, el hombre ve el defecto ajeno, nunca el propio. Las leyes universales son iguales para todos; á todos dio los mismos sentidos, idénticos medios de defensa que unos se dedicaron á desarrollar y perfeccionar y otros se complacieron en atrofiar y destruir. La humanidad, en su origen, fué para el hombre más igualitaria que él mismo lo ha sido después; éste hizo clases, aquella, la madre primera os fué formando para que todos tuviérais que hacer vuestro porvenir con el esfuerzo individual.

Necesita el sér muchos y buenos maestros que le enseñen los remedios y cuidados que ha menester para seguir el verdadero derrotero de sus innumerables transformaciones; estos maestros serán los nuevos redentores que á su tiempo irán á propalar la verdadera ciencia de la salud del alma, siendo esa era un paso gigantesco en la perfección de la envoltura material; por aquel refrán que dice que la cara es el espejo y reflejo del alma. Me meto en unas honduras de las que no consigo salir; mi afán de hablaros continuamente me hace incurrir en repeticiones ó en incongruencias; pero como todo es hijo de mi gran amor al bien de todos, y al vuestro en primer término, habréis de perdonar mi atrevimiento. Adios, hijos míos; adios, que con amor y fe me escucháis: á todos os saludo y abrazo con el más sincero cariño.

Un espíritu que os ama mucho

VILLENA—Juan J. Borrás, impresor